

y transformada en El; y aunque se repitan siempre se reciben en El, visiones é inteligencias distintas. Nada de esto hay en el desvanecimiento natural. Si no hay las sobredichas señales, prescriba el Director á su penitente que no se entregue á aquellas dulzuras, mas después de breve tiempo las corte, á fin de no dañar la salud.

No siendo llevada el alma á más alto grado de oración, téngase mucho cuidado con ella, teniéndola lejos de las ocasiones, y manténgase en la oración y el silencio; si no es que deba tratar con los prójimos por razón de su ministerio; y aun entonces exíjasele el recogimiento y la práctica de la mortificación, de la humildad y otras virtudes. Si cayese en sus antiguas miserias, vuélvasele á la oración y á la penitencia.

Cuando un alma humilde, desprendida y sólidamente virtuosa, dice que no puede meditar en la oración, sino que en ella está ociosa; pregúntesele si en la oración está con Dios, si goza de quietud y paz interior; y si después de la oración está recogida, humilde y animada para la virtud. En tal caso anímela y consuélala, pero mándele que nunca omita las obras exteriores á que está obligada y que convienen á su estado; mas siempre tendría que practicarlas con vigilancia, recogimiento y presencia de Dios. El Director señálele las oraciones y ejercicios proporcionados á su condición, á fin de evitar todo exceso que pudiera perjudicarla.

CAPITULO III

Embriaguez de amor.—Sueño espiritual (1).

Si la oración de quietud es muy elevada y perfecta, se llama embriaguez de amor, que es el cuarto grado de oración sobrenatural.

Esta misma embriaguez de amor se divide en imperfecta y perfecta. La imperfecta es un amor encendido en el apetito sensitivo; dulcísimo y ferviente, aun más de lo que puede desear el corazón; amor que obliga á dar saltos y á prorrumpir en ímpetus de grandes afectos que no pueden contenerse y que se manifiesta con acciones extrañas y desacostumbradas: v. g.: en clamores, gemidos, lágrimas, risa, temblores, bailes, carreras repentinas, etc.

Este amor no es el más elevado que puede Dios comunicar á una alma; porque proviene de una luz no tan intelectual ni tan pura como la de otros grados de oración; y porque se enciende en el apetito sensitivo. Sin embargo, por medio de ese amor, quiere Dios despegar á las almas del afecto á las cosas sensibles, animarlas á la mortificación y negación de sí mismas y atraerlas á su Majestad.

La embriaguez perfecta de amor sólo se comunica al espíritu, con gozo y suavidad muy

[1] Centella, sed y ansias de amor.

grandes; y al cuerpo únicamente por desbordamiento del espíritu. Consiste la embriaguez de que hablamos en una oración de quietud muy sublime, que produce un amor suavísimo y gozoso, que hace que el alma muera á todas las cosas del mundo; y que quedando como fuera de sí misma, caiga en un santo delirio, en una sabia locura por la cual se llama embriagada de amor. El gusto y la suavidad son incomparables; y querría el alma que todos así lo entendiesen para gloria del Señor. Poseída de este júbilo no sabe que hacer, si hablar ó callar, reír ó llorar. Dice palabras incoherentes, santos despropósitos con que se esfuerza por agradecer á Dios; sin embargo, la razón no está ofuscada, sino llena de luz para entender las grandezas de Dios y la vanidad y miseria de las cosas terrenas.

En este grado de oración, las potencias del alma no están totalmente atadas, porque la embriaguez no llega á la unión ni mucho menos al raptó; pero tampoco están enteramente sueltas, porque no les es fácil dejar de ocuparse en Dios Nuestro Señor.

Esta embriaguez puede durar un día, dos ó más; pero no siempre con la misma intensidad.

Tanto la embriaguez imperfecta como la perfecta, se comparan con la embriaguez producida por el vino; mas la imperfecta se compara con las acciones externas desordenadas en que prorrumpen los ebrios; y la perfecta principalmente por la inconexión de los actos interior-

res; y por esto muchas veces se contiene y no prorrumpen en acciones externas; y cuando las ejecuta, siempre lo hace con moderación y decencia.

Estas dos embriagueces son comparadas al vino nuevo y al añejo: el primero es turbio, de un dulce grosero, hierve con mucho ardor, y no se sabe si saldrá bueno. Todo lo contrario es el vino añejo; y así son también la embriaguez imperfecta y la perfecta.

Los efectos de la embriaguez perfecta del amor de Dios, además de la humildad y otros semejantes, son los siguientes: quisiera el alma deshacerse en las divinas alabanzas; que todos conociesen su dicha y le ayudasen á bendecir al Señor. Tiene grandísimos deseos de padecer por Dios; y los mayores tormentos le serían muy dulces. Adquiere fuerzas prodigiosas para hacer grandes cosas en servicio de Dios.

A más de la perfecta embriaguez, suele Dios conceder á las almas que le son muy queridas, una gracia que se llama centella de amor, que es como chispa caída del horno de la divina caridad, que al tocar el alma la inflama y abraza en un instante, y la enciende en amor, en deseos, en alabanzas y en otros ardentísimos afectos para con Dios; los cuales aunque no duren tanto como los de la embriaguez de amor, sin embargo son más intensos y abrasados.

Proceda el Director con circunspección y cautela cuando observe en sus penitentes exterioridades extraordinarias; porque pueden venir

de ligereza, de suavidad en el temperamento, tal vez de ficción ó hipocresía.

Si tales exterioridades le suceden más frecuentemente en público que en secreto; si no conserva en ellas la modestia; si no le traen aumento de fervor en la práctica de la humildad, de la mortificación y otras virtudes; y no recibe mayores impulsos de amor de Dios, tenga mucha desconfianza, porque probablemente no vienen de Dios.

Si hallare el Director que proceden de una embriaguez de amor de Dios sensible, ponga todo su cuidado en moderarlas para que el cuerpo no se enferme. Para moderarlas se reduce el espíritu al interior, poniéndose delante de Dios, tratando con El con pura fe, haciendo por no aumentar los ímpetus del espíritu, cambiando de meditación y abreviando el tiempo de ella. La materia de la meditación deberá servirle para humillarse y confundirse por sus pecados. Si lo que hemos dicho no fuese suficiente, prohíbasele por algún tiempo el ejercicio de las meditaciones.

Si el penitente es sorprendido de aquellos ímpetus de amor sensible sin poder refrenarse, retírese luego á un lugar donde nadie lo vea, para evitar la admiración, el desprecio de la piedad y el peligro de propia complacencia. Por lo demás, asegurado el confesor que su penitente goza de la perfecta embriaguez, dígame que se entregue enteramente en brazos de Dios.

El sueño espiritual que es el quinto grado de

la oración sobrenatural, nace de la embriaguez perfecta de amor; y consiste en un amor ferventísimo y suavísimo por el cual la voluntad va dejando todos los conocimientos, se abandona y adormece en los brazos de su divino Esposo. Los sentidos externos quedan adormecidos; y el alma sin reflexionar sobre su propio conocimiento, ama sin saber como lo hace y cae en el sueño del amor: y en ese sueño las potencias ni del todo se pierden, porque no están enteramente suspensas ni se entiende cómo obra, etc.

Los efectos de este sueño son los mismos que los de la embriaguez perfecta de amor; añadiendo mayores ventajas, como un vigor especial para obrar y padecer grandes cosas por Dios.

Hay otro sueño espiritual que no nace de la embriaguez perfecta de amor; y consiste en un olvido de todas las cosas, que proviene de una luz simplicísima y espiritualísima que penetrando toda el alma con gran fuerza, y teniéndola altamente ocupada en Dios, le quita toda advertencia y reflexión sobre sus propias operaciones.

Este sueño espiritual debe tener tres condiciones: 1^a Debe atar la fantasía y la memoria. 2^a Tiene que producir en el entendimiento por medio de la luz espiritual que se le comunica, un conocimiento de Dios tan delicado y sutil que él mismo no lo advierta, y estando ocupado en Dios no haga sobre ello reflexión. 3^a Esta noticia de Dios tan espiritual y delicada, no debe comunicarse á la voluntad, de manera que

ella lo advierta, si así puede decirse, esto es no produciéndose en ella un amor sensible que en sí misma pudiera reconocer.

Después de la oración el alma podrá saber lo que le ha pasado por los efectos, esto es, por la abstracción de las cosas terrenas, con independencia de todas formas y figuras imaginarias por la elevación de la mente á Dios Ntro. Señor; por la paz y quietud interior, y por su disposición para el ejercicio de las virtudes.

En este sueño espiritual se pierden totalmente los sentidos; y la persona tal vez queda inmóvil en el sitio en que se halla; y se diferencia del éxtasis, en que en éste el alma advierte á la comunicación que Dios va obrando en ella, le queda la memoria y puede referirla después; lo cual no sucede en el sueño espiritual.

Además las comunicaciones sobrenaturales son más elevadas en el éxtasis que en el sueño espiritual.

En el sueño espiritual de que hablamos, en primer lugar debe evitarse todo exceso que perjudique á la salud y los demás defectos de la naturaleza que se opongan á las influencias de la gracia. Así lo exigirá el Director á su penitente.

Observe el Director que el sueño natural por sí mismo no produce buenas disposiciones para las virtudes; y en ese caso debe dar el conveniente remedio, como evitar vigiliias muy largas, ó por otro extremo abundancia en la comida ó demasiada fatiga.

Si el sueño viniere del demonio, recúrrase á Dios y á su Madre Santísima y prescribáse el uso de los sacramentales.

Si por el contrario el penitente ha pasado ya por algunos grados de contemplación y experimenta los buenos efectos del sueño espiritual, el Director mándele que se ponga en manos de Dios y que lo deje obrar libremente. En todas estas ocasiones proceda el Director con resolución y firmeza, á fin de no causar en su penitente ansiedades y temores.

A los grados de oración sobrenatural de que hemos hablado hasta aquí, siguen muchas veces las ansias y sed de amor con que Dios prepara el alma á la unión más perfecta de amor. Despierta en ella las más vivas ansias de una sed abrasadora que la llevan toda atormentada de amor en pos de Dios Nuestro Señor.

Consisten las ansias de que hablamos, en un vivo deseo de Dios gustado y amado, mas no poseído del alma que ya está en todo ó en parte purificada.

Las purificaciones unas son activas, que consisten en las industrias y fatigas de que el alma se vale para desprenderse del mundo y de todas las cosas criadas y abatir el orgullo de sus pasiones. Otras purificaciones se llaman pasivas, que hace Dios en el alma, perteneciendo unas al sentido y otras al espíritu: éstas consisten en la multitud de mortificaciones, sequedades, tinieblas y affixiones que son como un crisol en que se purifica el alma de todas

sus faltas é inclinaciones imperfectas.

A cada purificación suele seguirse la ilustración que da Dios al alma, según la pureza que que haya adquirido.

Mas para poseer á su Majestad cuanto puede serlo en esta vida, es indispensable un grado sublime de pureza que requiere el matrimonio espiritual con Dios, que establece entre su Majestad y el alma una unión permanente, por la cual lo siente siempre dentro de sí, y en algún sentido lo posee. Antes de esto puede el alma unirse con Dios y estar contenta y satisfecha; pero no puede decirse que lo posea, porque la unión de amor se desata varias veces, y vuelven entonces las ansias y la sed de que hablamos.

Las ansias se originan en el alma cuando ésta ha pasado por alguna ó algunas purificaciones; cuando ha gustado algún tanto de Dios que ha encendido en ella la llama de su amor y que le ha descubierto como de lejos la amabilidad divina.

Cuando con un impaciente deseo levanta Dios al alma, pasajera y momentáneamente, existe el ansia de amor: pero si este mismo deseo permanece fijo y arraigado, entonces se llama sed de amor.

Los principiantes que sólo han pasado por las purificaciones activas, tienen ansias y sed de Dios, pero con afán y solicitud, y todo estopasa en el apetito sensitivo. En los aprovecha dos son más espirituales aunque siempre pasan en

el sentido. En cuanto á los perfectos que han pasado por las purificaciones del sentido y del espíritu, la sed de amor se siente en la parte superior del alma; y conociendo la necesidad que tiene de lo que desea, en nada tiene las gravísimas penas del sentido. Esta es la sed impaciente de unirse el alma á Dios con unión perfecta y estable de amor, ó tiene que morir. Sed inextinguible, hambre insaciable, con las que no hay cosa alguna que satisfaga al alma fuera de la unión permanente con Dios.

La causa de esta sed impaciente en las almas perfectas, es el gran vacío que sienten y la inmensa capacidad de amar al Sumo Bien, único que puede llenarlas; y la amabilidad que Dios les descubre en sí mismo, las hace padecer un tormento indecible de amor que las va consumiéndolas á cada instante.

Sin embargo, este tormento es muy dulce y el alma no querría verse privada de él por motivo ninguno; porque ese tormento, y las ansias y la sed que lo producen nacen de un amor ardiente de Dios de quien el alma ha gustado.

Los fines de las penas y tormentos que Dios permite á las almas de que hablamos, son dos: purificarlas de todos los estorbos que les impiden la unión con Dios; y dilatar sus senos para hacerlas capaces de recibir la unión perfecta, y de transformarlas en Dios. Mas adviértase que sólo las ansias y la sed de los perfectos, que están al fin de sus purificaciones, son disposi-

ciones próximas para la unión perfecta con Dios Nuestro Señor.

Procure el Director con la mayor prudencia que pudiere, conocer si las ansias y la sed son de la naturaleza ó de la gracia; en este último caso empéñese en descubrir á qué especie pertenezcan. Si el penitente no ha pasado por ninguna purificación del espíritu, oblíguele á poner en calma aquellas ansias, reduciéndolas á un afecto interior, con toda suavidad y quietud, poniéndose delante de Dios en pura fe y haciendo actos de amor sin esfuerzos que le fatiguen y perjudiquen la salud.

Las ansias de los que han pasado por alguna purificación de espíritu, si fueren excesivas deben también moderarse, conformándose con la voluntad de Dios, divirtiéndolo á otra cosa el pensamiento, abreviando la oración ó interrumpiéndola con obras exteriores.

En cuanto á las personas perfectas que han pasado todas las purificaciones del espíritu, sólo Dios puede curarlas porque El es quien produce tales ansias; mas cuando Dios se retirare algún tanto, podrán practicar los remedios anteriores.

Si temiere el Director la intervención del demonio, observe si el padecimiento que tales ansias producen es íntimo y al mismo tiempo pacífico y deleitable, si produce buenos efectos de virtud y santidad. Si esto es así no tema; en el caso contrario haga que sus penitentes desprecien tales ansias, protesten que no quieren con-

sentir en ellas, y permanezcan con fe y tranquilidad delante de Dios.

Impida el Director que tales personas se excedan en las penitencias corporales; pues de otra suerte arruinarían su salud sin conseguir que quedasen satisfechas las ansias del amor que las atormenta.

CAPITULO IV

Toques de Dios en el alma.—Unión mística y fructiva de amor de Dios.—El Extasis.—El rapto.

EL séptimo grado de oración sobrenatural es el toque de Dios en el alma. Consiste en una sensación verdadera y real, enteramente espiritual, por la cual el alma siente á Dios en lo más íntimo de su espíritu y le gusta con gran deleite.

El alma, dice San Buenaventura, tiene sentidos espirituales correspondientes á los corporales; y el conocimiento de Dios que resulta en el alma de tocarle por algún sentido espiritual, se llama experimental; y para esto se necesita que el don de la sabiduría determine la potencia espiritual del tacto al acto que se llama toque de Dios, por el cual el alma le sienta y le guste con gran suavidad y se le comuniquen en un sólo toque y con cierta eminencia la fortaleza y la sabiduría, el amor, la belleza, la gra-